

Luis Durand

Escenario del huaso



EPECHANDO los senderos de la montaña, frescos torrentes de aromas vegetales, el huaso se satura de vida y alegría, de optimismo y de fe, para enfrentarse con el mañana. Así también le ocurre cuando galopa a través de las alamedas rumorosas, oyendo el lereu-leu-leu, de los zorzales, que tocan su charrango de plata, columpiándose en una alta rama, donde se aferra un cogollo de sol. Y mientras los cascotes sonoros de su bestia briosa, van marcando el compás de su galope, el balda del poncho colorido es como un volantín prisionero, en cuyos pliegues se enreda la luz vibrante. El hombre extiende la vista buscando el horizonte de sus sueños, que a veces no ofrecen más dificultad que la de cruzar una barranca, en cuyo fondo corre un hilo de agua, bajo el fino encaje de los helechos. Es allí donde moran los pidenes y los chucaos que, de cuando en cuando, hacen sonar su cornetín indígena para anunciar que lloverá o para saludar al sol, relámpago de color, en la

umbria donde se cimbran con gracia aérea las flores del copihue.

Aunque en medio de la paz aparente de los campos hay dramas y pasiones intensas, ellas tienen siempre una trayectoria y un desenlace que está fuera de toda asechanza, lejos de la traición y de la cobardía. Noblote y viril, burlón y malicioso, el huaso lleva dentro del pecho a un poeta que gusta de cantarle su admiración a la naturaleza, con metáforas objetivas que de pronto adquieren la ternura de un ramo de albahacas que le brindara a una mujer bajo la ramada sombrosa, hecha con quilantos o batros húmedos, que atemperan la cálida modorra de la siesta.

Pero el huaso pierde una buena parte de sus características esenciales cuando no está sobre su caballo; cuando no lleva el chamanto ñoñihuano o la fina manta de Catentoa, sobre sus hombros. El huaso se embriaga oyendo el tintineo de sus espuelas de grandes rodajas y cuando los acordes de la vihuela, llegan hasta sus oídos, para hacerle repicar el corazón, alza las riendas de su manco tordillo: de su alazán cariblanco o de la yegua rosilla mora, que sabe correr en la medialuna, o allegarse al barón, afirmado en el cual se servirá un potrillo de vino tinto, donde naufragan las rodajas de oro de unas naranjas tuncanas. Tal vez de las tierras opimas de Chillán, o de Angol de los confines. El huaso, afirma los pechos de su caballo en la vara y desde allí busca los ojos claros de alguna muchacha que se llama Rosalinda; Herminia del Tránsi-

to o María Engracia de las Mercedes. En el cielo claro y límpido, como una turquesa ligeramente desteñida, oyendo la enamorada tonadilla de una lloica o las melódicas variaciones de una tenca, el huaso trata de olvidar los días tristes del rancho sin alegría. Las tardes en que el viento helado se filtra por la quincha, mientras desde el techo de totora caen las goteras en una desafinada sinfonía, como si hicieran el recuento de los disgustos que el egoísmo de los ricos, causa en el largo desamparo de los pobres.

Pero si el huaso es sentimental, trata de disimularlo, de que no se advierta jamás, a flor de piel, su vena romántica, sino sus arrestos de hombre guapo que sabe enamorar a una muchacha y disputársela, cara a cara a un rival, si es que la cosa se pone demasiado ríspera. Así dicen ellos, en su lenguaje pintoresco y expresivo, en el cual, de pronto, asoman, con resonancias de metales nobles los viejos arcaísmos del idioma ibero y las palabras suaves como el quimeley ey mi, atento y galante, de los mapuches, que también saben amar la naturaleza, porque nacieron bajo la fronda opulenta de los bosques maravillosos que ampararon su vida.

El huaso, hasta ahora, pese a todos los egoísmos, conserva su aire de confianza, de tranquila medida, para hablar y para ver dónde pone el pie. Con su chaqueta cuajada de botones brillantes, con su pantalón bombacho, sus tacos altos, su pañuelo de flores y su guarapón, evoca a la gente de andalucía, por su presencia y por la intención socarrona de su verba expresiva.

—Y quién dijo medios días habiendo días enteros. No sé si me moriré o sentiré algún dolor. A las mechas dijo un pelao. Mientras me enderezo dijo un curcuncho.

Trinan las guitarras y el aire liviano de la Primavera se hace denso en el bordoneo de los moscardones, de los coliguachos y de las abejas, que rondan las matas de boldo, de maqui y de arrayán. En la cocina una muchacha de faz trigueña, ojos reidores y brazos tersos barnizados con la luz penumbrosa de la tarde, mueve con ritmo alegre y sin fatiga la mano de la piedra de moler, para ir lanzando hacia adelante el polvito moreno y oloroso del trigo tostado en la callana, que se calentó encaramada sobre los grandes tizones.

Afuera las bestias comienzan a inquietarse. Un potrillo avisgado, da un sorpresiva corcovo lanzando por tierra a su jinete. Un vozarrón con tono de zumba dice al caído:—Oiga pues ñor usté que anda en bestia más mansa alléguese por aquí.

Otro refriega los pechos de su caballo, por el palo y dirigiéndose a los circunstantes les invita a tantear fuerzas, en términos que en el lenguaje campesino no necesita traducción;— Póngale gente a la loma y perros a la quebrá hasta que la niebla tupa. Y si la zorra se arranca póngale chincol de tranca patrón...

El chincol es el trago del estribo. Y cuando los huasos se marchan de una casa donde estuvieron gustando, no es raro que uno de ellos se adelante para ofrecer con gran cortesía la guitarra exclamando:

—¡Huifa mi alma en el rodeo! El corazón se me arde. Estoy queriendo a una negra que tiene los ojos aentro...

En el estero cercano un pidén está imitando un rumor del viento, que trae el perfume de canelos y laureles, de arrayanes y chilcos. Y desde el horno próximo se escapa un cálido vaho que buele a empanadas, mientras sobre la mesa cubierta con un hule floreado está el pavo y el chancho apetitoso, que muestran su piel oscura como una fruta que hubiera madurado intensamente en sabor y aroma.

El huaso del valle central chileno, tiene la alegría exultante de una orquesta de pájaros campesinos en plena libertad, la explosiva cólera de los potros que sienten por primera vez al jinete sobre sus lomos. Pero sabe reír y hacer bromas con socarrona malicia:

—Y diay comadre Carmela. ¿Qué andamos en bestias emprestás que no podemos ni galopiar siquiera? Espante pacá un medio cántaro de mosto. Oiga prenda ¿y por qué no le hace a la vihuela? Si ya no es tiempo de sabañones, mi hijita. Con acordes claros y hondos, apasionados, en la dulce quejumbre del intento que no alcanza a expresar todo lo que lleva adentro, se alzan las voces querendonas y luego despreciativas: «Prenda querida del alma—que has sido mal pagadora»...

—Pero si yo le voy a pagar mi negra. Si usté fuera azuquitar me la comería pa siemprecito...

Destellan las luces de los ojos alegres y una boca de guinda deja en el aire una promesa. Unos jinetes afuera, forcejean en la vara:

—Yegua vieja de los Lirios.

—Manco malo, manco malo.

—Oiga pues linda y por qué no canta otra cancioncita, mire que en un pie no podemos ni siquiera lacear un novillo caita.

—¿Quiere que bailemos una cuequecita?— le dice un mozo arrogante a una chiquilla que ya estuvo en el pueblo, y volvió contaminada de cursilería. Y ella le contesta.

—Oiga, no es por agraviar lo presente pero yo bailo no más que serio . . . , le diré.

—Está bien pues ricura. Yo soy güenazo pa aguantar la risa . . .

La tarde se va derrumbando en una mágica orgía de luces. El canto de los pájaros se endulza nostálgico de la luz espléndida que los llevó a través del espacio. Un hombre en un rincón requiere apasionadamente a su prenda. Ella, que es siempre la que inflama el pecho y la que induce a hacer tonterías sin cuento.

—Y claro pues linda, cómo se le ocurre que la voy a querer de por no dejar. Pa eso me cuelgo de un peral sin peras. Es pa que los casemos y pa tener un chiquillo y un chancho overo en la mediagua, y una matita de albahaca en la ventana. Y después una vaca que tenga un ternero que se parezca a su mamita, es

decir, a la mamita del ternero. Y después otro chiquillo más pa que no se aburra.

—¡Pero por Dios que es bien propasao usté. Tuavía ni le dicen que bueno y ya me está diciendo burra!

—Burríta linda había de ser pa comerle una orejita y después un piacito bien chiquichicho de su trompita . . .

Trinan otra vez las guitarras adentro. Afuera mientras la tarde deja un inmenso rubí temblando en el horizonte y una fimbria de amatista en la joroba de un cerro, se alzan las voces de los peones que topean en la vara.

—Yegua vieja Transitana.

—¡Hombri! Manco malo . . .

La noche ha caído de nuevo y como una campana musical, el corazón es un fino y claro vaso desde donde se desborda el alma de la tierra . . .